

MUNDO, CULTURA Y POLITICA en MIGUEL DE CERVANTES

Por JUAN BENEYTO

AMÉRICO Castro, autor del más sugerente de los estudios sobre Cervantes publicados en este medio siglo, se planteaba como corriente la opinión de que todo, o casi todo, ha sido dicho ya en torno a aquella genial figura. Frente a tal parecer, estimaba, sin embargo, que muchos de los trabajos consagrados al Príncipe de los Ingenios españoles no revelan excesiva meditación, y son más bien prueba del entusiasmo que Cervantes sigue produciendo en lectores fervorosos. Y otro gran estudioso de aquella época, Marcel Bataillon, cree vigente aún el problema de componer el verdadero retrato de Cervantes.

Para fijarlo, acaso lo primero sea atender al «curriculum vitae». La existencia carnal cervantina se desarrolla entre 1547 y 1616. Su obra fundamental —el *Quijote*— sale a luz en 1605. Sabiéndole ocupado en gestionar el privilegio de publicación en 1603-1604, puede decirse que hasta cronológicamente *El Ingenioso Hidalgo* nace cuando muere la centuria décimosexta. El espíritu de su autor está, pues, plenamente sazonado en aquella densísima segunda mitad del siglo XVI. Conoce el tiempo favorable de Mulberga y el mal tiempo de Flandes, la ilusión de Felipe II y la visión nostálgica del ter-

cer Felipe. Muerto ya Erasmo y recoleta España. Cuando las Indias están presentes por el oro y el fuego, pero presente también Inglaterra con Drake frente a Cádiz; destruída la Armada, huído Antonio Pérez...; en fin, a última hora, expulsados los moriscos...

Cervantes salta de España a Italia en plena juventud, con veinte años. Le conocemos allá en el séquito de los Cardenales Colonna y Acquaviva. Se habla de que Colonna le llevó consigo tras trabar en Madrid relación; pero no importa que este servicio se retrase en la data, que lo que aquí interesa es saber que conoce un ambiente cortesano, preocupadamente intelectual, en la hora en que más se afirman en los hombres ideas y figuras. Fué luego soldado, y como tal combatió en la gran ocasión de Lepanto. Herido allí, una vez repuesto, sienta plaza en Nápoles, que es lugar apetecible para hombres de letras y de armas. De Nápoles va a Túnez, y luego a Palermo, donde sigue hasta septiembre de 1575, en que regresaba a España, y fué apresado con los que iban en una galera capturada por piratas. Sufré así cautiverio durante más de cuatro años. Pasó, pues, en Italia un lustro bien cumplido en ciudades como Roma, Nápoles y Palermo; tiempo, sin duda, no perdido y luego anhelado. No debió irle mal, y aun sentir su nostalgia, cuando, en 1610, pretendió tornar a Nápoles para sumarse al séquito del Conde de Lemós, en su famosa corte literaria.

No hubo de ser tan buena su vida española. Residió aquí, desde 1580 hasta su muerte, lleno de dificultades, chocando a menudo con la Administración. Excomulgado en Sevilla por no atender las formalidades de un acopio de grano propiedad del Cabildo catedral, encarcelado varias veces, y con sueldos modestos cuando los tuvo, pagados con demora o no pagados, es uno de aquellos españoles que sueñan con las Indias. Ya en 1590 pretendió irse allá. No va a Nápoles ni al Nuevo Mundo. Pero ¿podemos imaginarle si quiera conforme? No es un resentido; mas sí persona en cuya carne se habían probado las instituciones defectuosas y la maldad humana.

Tras esta referencia, viene una pregunta: Cervantes, tal como le vemos, ¿fué, sencillamente, un testigo, un espectador, o un ciudadano con sentido crítico? ¿Se sitúa ante la vida y el mundo con

una actitud propia, o se limita a aceptar una y otro, buenos o malos?

Pero ¿podía dejar de manifestar su espíritu? Resulta ejemplar advertirle con fervor nacional y patriótico; con el amor a la Patria, que culminaba en la victoria contra los turcos, y con la sincera religiosidad de quien une a su genio el fuego racial ligado a la obra de la Reconquista. Justamente —agreguemos—, ese fervor patriótico había sido típico en el siglo, según la observación erasmiana, y así es, plenamente conciliable, casi como conjunción, en un esfuerzo como el que aquí inventariamos. Los que consideran poco fervor en el autor del *Quijote*, olvidan la *Numancia*, que probó su capacidad de sugestión en la oportunidad del Sitio de Zaragoza. En esa obra existe tal exasperación de heroísmo, que, al hacerse culminar en ella un episodio histórico, se le dan valores tan extrahumanos que anulan aquél. Otro elemento que ayuda a comprenderle es el de la presencia elogiosa de los grandes soldados, como Gonzalo Fernández de Córdoba y Diego García de Paredes en el pasaje 1.32 del *Quijote*.

Insistamos un punto más sobre el tema: ¿Tuvo Cervantes ideas propias?

Menéndez y Pelayo señaló en él solamente aquellas nociones comunes en la sociedad en que vivía. Aun dentro de éstas —afirmaba—, no podían ser las más peregrinas, las del menor número, sino las del número mayor, las ideas oficiales, digámoslo así, «puesto que no había tenido tiempo ni afición para formarse otras».

El texto sorprende. Menéndez y Pelayo sigue en esto a Valera, que estimaba que las máximas de Cervantes sobre política, moral y poesía «nunca traspasan los límites del vulgar, aunque recto juicio». Y por Menéndez y Pelayo, ésta se hizo «communis opinio». Schevill escribe: «Su actitud hacia los dogmas políticos y religiosos de la época era tan poco crítica como la de cualquier hombre del pueblo.» En fin, filiándole como no intelectual, César de Lollis le ve buen conocedor del mundo y no de los libros.

En verdad pasma que lectores de Cervantes puedan formular tal parecer.

Esto del Cervantes poco conocedor de libros arranca de la *Jun-*

ta de Tamayo de Vargas, que le dice ingenio lego. Bien que su «currículum» no sea compatible con una tal falta de cierta mediada latinidad. No se compadece, por lo pronto, con la noticia de sus estudios en Madrid, en la época en que su padre, médico, residía en la Corte. Ni con que López de Hoyos, maestro suyo, le llame, en el volumen que imprime con trabajos literarios sobre las exequias de Isabel de Valois (Madrid, 1569), «caro y amado discípulo». Hay quien sostiene que Cervantes estudió en Salamanca. De cualquier manera, su formación cultural no es común. Bien la demuestra en el *Quijote* y aún da en el *Côloquio de los perros* cierta preceptiva en torno al uso de latines: tanto peca el que los dice delante de quien los ignora como quien los dice ignorándolos... Hasta se refiere en el prólogo del *Quijote* a la honra y al provecho que cae en su tiempo a los que gramatizan: «Y por estos latines y otros tales os tendrán siquiera por gramático; que el serlo no es de poca honra y provecho el día de hoy.»

¿Que confunde a Ovidio con Catón en el prólogo de su obra inmortal? Se trata, claramente, de un efecto cómico. Algún error hay en el uso del latín; pero Cervantes es en esto algo desprecupado, como conviene a quien ataca los gramaticalismos. Por ende, como nota Hazard, los únicos errores graves no son los que se cometen contra la letra, sino los que van contra el espíritu...

Tomemos, en fin, cuenta de la cultura literaria. Cervantes muestra intimidad con nombres y con libros. Fijádonos ahora sólo en los griegos y latinos, allí están los de Homero y Marcial, Juvenal y Horacio, Tibulo y Virgilio.

Cuando fué hecho cautivo llevaba cartas de recomendación de Don Juan de Austria y del Duque de Sesa. Esto ayuda a imaginarle dentro del ambiente intelectual de la corte virreinal napolitana. Ya hemos advertido que cuando, más tarde, sueña en irse allí para servir al Conde de Lemos, es que no le había ido mal antes cerca de Sesa.

De entonces o de después conoce autores italianos. Figuras brillantes como Sannazaro y Tasso, y de segundo orden, pero en su tiempo muy famosos, como Tansillo. Y en fin, a Bembo, a Ariosto,

a Policiano, a Castiglione... No debió conocerlos de oídas, sino de lecturas. En el *Quijote* dice, en efecto, el autor: «Como soy tan aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles...» Este pasaje, II, 24, me parece bien expresivo, sin sacar a plaza esa curiosidad que pone en su héroe, fatigado siempre —dice—, en deseos de saber novedades.

Mas no sólo es lector Cervantes, sino lector atento. Recuérdese este pasaje del *Persiles* (Ed. Rivadeneyra, I, 638): «Las lecciones de los libros, muchas veces, hacen más cierta experiencia de las cosas que no la tienen los mismos que las han visto, a causa de que el que lee con atención repara una y muchas veces en lo que va leyendo, y el que mira sin ella, no repara en nada, y con esto excede la lección a la vista.» Hay otro pasaje expresivo en el *Coloquio de los perros*, cuando pide que no se desprecie su trabajo y se le den alabanzas, «no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir». Lo vemos ahí meditando, puesta toda su atención, escribiendo como leyendo. Catalogar las lecturas cervantinas no es fácil tarea. Cuando se ha buscado su erasmismo, se ha opuesto la presencia de los índices de la Inquisición, para decidir por exclusión qué es lo que Cervantes podía leer; pero se ignora la lectura de libros prohibidos y aun la tolerancia de algunos y la circulación clandestina de otros. Exactamente dice Américo Castro: tan difícil es probar que Cervantes manejara alguna vez en su vida y directamente ciertas obras de Erasmo como lo contrario... Hay, con todo, una curiosa circunstancia: la del pasaje II, 62, del *Quijote*. En la visita a la imprenta barcelonesa, el *Ingenioso Hidalgo* ve corregir las pruebas de una obra que elogia: la *Luz del alma*. Pues bien: se trata del libro de Fray Felipe de Meneses, uno de los más influídos por Erasmo. Ya es un dato bueno. Por lo demás, es probable que leyera el *Enchiridion militis christiani* y el *Elogio de la estulticia*. Otro apoyo erasmista lo da la tesis general de la condena de las obras de caballería. «De Vives a Cervantes—escribe Bataillon—se puede seguir, a través del siglo XVI, una serie casi ininterrumpida de declaraciones hostiles a tal género de literatura; la corriente se apoya en una «communis opinio» erasmiana. En fin, se han visto como fuen-

tes posibles Alfonso de Valdés y Francisco de Osuna. Del primero se notó la analogía entre algunos de los consejos de Don Quijote a Sancho al ser nombrado gobernador y la imitación valdesiana del discurso que Ciro, antes de morir, dirige a sus hijos en el *Diálogo de Mercurio y Carón*. (Acaso deban pararse mientes también en el *Diálogo de la lengua*, de Juan, atendidas las preocupaciones lexicográficas del *Quijote*.) De Francisco de Osuna suena el *Norte de los Estados*, muy difundido —la tercera edición, en Madrid, 1550—, y acaso de él proceda la sentencia de la bolsa del ganadero, recogida entre las de Sancho, gobernador. Parece así evidente que Cervantes se encuentra en un ambiente cultural bien conocido.

Como ha notado Ortega, Cervantes mira el mundo desde la cumbre del Renacimiento. En el nuevo orden de cosas —añade—, las aventuras son imposibles. Mas hay ahí algo que ayuda a encuadrarle dentro de los problemas de Espíritu y Estado en el siglo XVI: esa primacía de lo psicológico y aquel propio y nuevo carácter de lo heroico. «Héroe —insiste Ortega— es quien quiere ser él mismo.» Así es figura heroica y no épica su mejor creación. Frente a Aquiles, que hace la epopeya, Don Quijote la quiere. De esa manera entra la voluntad, que es el problema trágico.

Suenan acaso así en la plenitud de su sentido, aquellos aspectos que señalan la inteligencia del hombre Cervantes. El sol dará en ellas —según la imagen orteguiana— innumerables reverberaciones. Que la comedia ha de ser —según el testimonio de la obra cervantina— espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres e imagen de la verdad.

Iniciando su análisis del *Quijote*, escribe Paúl Hazard: «Ha pasado el tiempo en que Cervantes se antojaba un hombre sin cultura y *Don Quijote* una obra sin pensamiento. No hay en el mundo un libro semejante a *El Ingenioso Hidalgo*, que parezca tan claro, que se mantenga con tanto frescor y que a la par plantee mayor número de problemas sobre su país, la Europa de su siglo y la Humanidad. Por eso —concluye—, si hay una obra que merece ser explicada, ésta es.»

* * *

Y hay que explicarla, sin duda, poco a poco, gradualmente, para no traicionar ni abstraer en un primer esfuerzo sus sentido y valor.

La primera exigencia de quien acuda a restituir al *Quijote* su propio ambiente, es la de verlo allí, en la realidad del documento afecto a la Historia, en la coherencia de su marco vivo, para sentir el momento secular que el *Quijote* inserta en la literatura. El texto, que ha de ser concreto punto de consideración, no debe tomarse como simple motivo de sugerencia, ni mucho menos se ha de trabajar sobre conceptos posteriores, como el del «quijotismo» (que es otro cantar, y que ya no revela la posición de Cervantes, sino la de los que leyeron u oyeron la gran novela). Y, a propósito de la tentadora mítica quijotesca, no se olvide que Don Quijote no está sólo para simbolizar el pensamiento de Cervantes: a su lado va Sancho. (Lo que nos muestra la inclinación cervantina a estudiar el carácter humano en su complejidad.) Y aún hay ahí, en la técnica contrapuntística de la pareja inmortalizada, un aspecto de la preceptística estética de Cervantes: recordemos que en la obra del insigne ingenio están *Rinconete y Cortadillo*, Cipión y Berganza; los dos caballeros de *La señora Cornelia*, los dos estudiantes de *La ilustre fregona*, los dos amigos de *El curioso impertinente*... Todo esto nos da, a mi modo de ver, la revelación de una postura observadora, muy acorde con el gusto renacentista de los diálogos y de las interlocuciones. Sería falsa cualquier otra interpretación, sobre todo si en un matiz o aspecto se quiere buscar el más íntimo sentido. Caen así por tierra las simples versiones aisladas del pesimismo o el optimismo, la alegría o la tristeza, que se dan conjuntamente, en una síntesis de lo humano y lo real. Si hay una verdad indiscutible en este punto, es la que afirma que el *Quijote* es, justamente —y esto ya le encuadra en el siglo XVI—, el libro más esencialmente «humano» que el hombre conoce.

Y siendo esto así, ¿cómo se ha podido pensar que no haya en el *Quijote* una propia versión de la vida y del mundo? Tenía Cervantes, en este sentido, una filosofía, en cuanto comprensión individual de los grandes problemas, y la llevó al *Quijote*. Por eso —y no por escrutinios ni buscapiés— tuvo tal recepción. «Hay en

él —escribe el P. David Rubio— una filosofía de la fe en el ideal, en el valor del esfuerzo, en el triunfo de la justicia, en el mérito del sacrificio...» Como corresponde —añadimos— a quien puso en todo eso su quehacer humano, aunque chocara con unos y con otros y no consiguiera triunfar, que el caballero pone la virtud en el afán, no en la fortuna. Justamente, el simple hecho de este fondo filosófico ya es una hazaña de las más audaces.

Bonilla vió el ambiente de decadencia que tiene la Filosofía en la España del tiempo en que nace el *Quijote*. La explicación que daba Bonilla no era, sin embargo, rigurosamente deducible. Afirma que en el terreno de la Filosofía los españoles se distinguían por su defensa del movimiento reaccionario; pero se apoya en nombres como los Pérez de Oliva, Gaspar Lax y los Coronel, que son de principios del siglo, y habían decaído ya cuando Cervantes acude a las aulas (si es que acudió) o lee (cuando quiso leer las cosas nuevas).

La raíz filosófica cervantina hay que buscarla en otra parte, por otro camino. Se ha hablado de Sancho con su filosofía del sentido común, con los refranes que enhila de seguido... ¿No está ahí la moda de los apotegmas, de los adagios, de las máximas de estirpe senecquista, estoica y humanista? Creo que Cervantes se encuentra en la línea del humanismo, por donde van Erasmo, Lipsio y Vives. La tradición no era desconocida: recordemos el papel que en nuestra primera novela, *El Caballero Cifar*, hace el ribaldo que le acompaña. Métasele una preocupación como la que hizo escribir a Vives su *Escolta del alma*, y vuélquese aquel saber del pueblo que alumbraba una eterna vía: tendremos explicado a Sancho. Y tómese al Quijote, con su propio papel, como fuente de idealismo. Hurgando en el caballero encontraremos también otros elementos. El mismo Cervantes revela la influencia neoplatónica en aquella cita de los *Diálogos de amor*, de León Hebreo, cuya filosofía sensual y patética está evidenciada en el discurso de Lelio, en el libro cuarto de la *Galatea*. La idea filosófica de la Naturaleza, en la que exalta a Dios como mayordomo suyo, vibra en el discurso de la pastora Marcela y aun en el bucolismo del héroe, resuelto a hacerse pastor. Acaso estos aspectos procedan de la moda iniciada en Nápoles por San-

nazaro. Cervantes pudo conocer la *Arcadia* en la época de su estancia en Italia, mas también por la versión de López de Ayala, Diego de Salazar y Blasco de Garay, ya impresa en Toledo en 1549, si es que no de manera indirecta, por influjo de la *Diana*, de Jorge de Montemayor, citada en el prólogo del *Quijote*.

* * *

Sobre el bucolismo, el neoplatonismo y, en síntesis, el humanismo, ¿hay en Cervantes una filosofía política? Emiliano Aguado ve en él falta de consideración preeminente de lo político, y asegura que en las obras de Cervantes no se encuentra, «por mucho que busquemos en todos sus rincones», ninguna doctrina que nos sirva para fundar la gobernación de un pueblo, ni siquiera que nos permita entender de manera clara lo que pasa a nuestro alrededor en la vida pública de todos los días. Creo que se le pide demasiado. No es, sin duda, Cervantes, tratadista político. Nuestra inquisición es más modesta: preguntamos si Cervantes tuvo ideas políticas, si había tomado una posición ante los problemas políticos, ya los eternos, ya los que vió en su vida.

Evidentemente, los cervantistas no han examinado exhaustivamente este punto. No hubiera podido decir así Puyol que en cuanto a Derecho público, fuera de las ideas de crítica de cosumbres, «nada encontramos que nos parezca digno de particular mención».

Pero esta parte de «sin novedad» deja, como los boletines de todos los Estados Mayores, un buen número de pequeños dramas, que —tratando de lo humano—son justamente grandes problemas del espíritu.

En efecto. Aun los que niegan, algo dicen. Así, Aguado. «Don Quijote—escribe—, que tenía mucho de Cervantes, salta por encima de convenciones y respetos, sin acatar costumbres ni leyes, en su ansia de buscar remedio a las calamidades que afligen a los hombres... (Y—pregunto—, ¿no es esto Política?) Hay pasajes—afirma—en que, abriéndose a este anhelo, encarece la libertad y el respeto al hombre, de manera tal que puede parecer que exalta cualquiera de esos sistemas políticos que han nacido cuando el Estado

se venía abajo sin remedio por falta de espíritu y se imponía como misión redentora la de salvar al hombre...» Trae así el ejemplo de la libertad de los galeotes, que—según agrega—los rebeldes de todos los tiempos aducirán en sus propagandas contra los desmanes del poder. Y trae, además, «la manera con que Don Quijote la justifica luego». Bien que Emiliano Aguado vea, junto a estos pasajes, otros que, «sin afirmar precisamente lo contrario», contienen indudables expresiones de respeto y acatamiento a la organización de la época. ¿Miedo a la contradicción? ¡No están ahí Don Quijote y Sancho para ofrecer las dos facetas del alma humana!

Pero busquemos más, y quizá asome el reverbero de luz. Por lo pronto, Cervantes se muestra siempre frente al despotismo. Buen ejemplo el de *La Ilustre Fregona* (Ed. Clas. Cast., p. 250), donde, hablándose del Conde de Puñonrostro, de Sevilla, se ataca a los corregidores y a los jueces que proceden sin consejo. Se quiere que los que juzgan o mandan se asesoren, y se establece la máxima de que «más ven muchos ojos que dos».

El episodio de los galeotes no es, pues, un motivo literario, sino una consecuencia lógica de un punto de vista moral. Recordemos la frase de aquel texto: «¿Qué han hecho estos desdichados?»

Nada preocupa tan vivamente en la gran novela—según preocupaba en general a los españoles de su tiempo—como la entrega de mandos a gentes inidóneas. Pueden ser aducidos numerosos pasajes: tales los que afirman que tan a pique está de rebuznar un alcalde como un regidor; que se había visto ir más de dos asnos a los Gobiernos; que para ser gobernador no es menester mucha habilidad ni muchas letras, «pues hay por ahí ciento que no saben leer y gobiernan como unos jerifaltes».

Duele a Cervantes también ese enriquecimiento de los que son nombrados para los puestos públicos, y, por boca de Sancho, confiesa que al ir a la ínsula siente grandísimo deseo de hacer dineros, «porque le habían dicho que todos los gobernantes nuevos iban con ese mismo propósito» (*Quijote*, I, 36).

Más aún: conocedor de la naturaleza humana, ve la codicia del mando. Sancho quiere ser gobernador por el deseo de probar a qué

sabe. Y el Duque le dice: «Si una vez lo probáis, comeros heis las manos tras el gobierno, por ser dulcísima cosa...» (*Quijote*, II, 42).

En la crítica de los crecidos tributos hay también, y acaso primordialmente, una clara censura del arbitrio. Refiriéndonos al *Coloquio de los perros* en la conocida propuesta de ayudar al Tesoro estableciendo un día de ayuno al mes a pan y agua, ha visto el erudito Amexúa una irónica chanza del proyecto de Don Luis de Castilla, arcediano de Cuenca, en el Memorial elevado en 1604.

Pero aun dejando todas estas insistentes aportaciones, en las que se ve a Cervantes con propia actitud en temas políticos, están en el *Quijote* los consejos a Sancho, que son materia digna de consideración.

«Primeramente, ¡oh hijo!—le dice (*Don Quijote*, II, 42)—, has de temer a Dios, porque en temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

»Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo; que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte, como la rana que quiso igualarse con el buey...»

Hay ahí, ante todo, recuerdo escurritario bien de entrada y notorio, y luego evocación de máximas de raíz erasmiana: aquel *scarabeus aquila quaerit* de los *Apotegmata* del roterdamense.

Añade de seguida la exigencia de la gravedad: una blanda suavidad guiada por la prudencia. Señala la humildad, de la que se debe hacer gala. Aquí llega el tema, típicamente renacentista, de la nobleza y la virtud: «Si tomas por medio la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia..., porque la sangre se hereda y la virtud se aquista.»

La tendencia benéfica que quiere imponer a su gobierno—proteger a los pobres—es también esencial dentro de la línea que señalamos. Y, en fin, esa preferencia de la misericordia a la dádiva entra asimismo en tal postura y combate un vicio documentado.

Américo Castro ha puesto en relación con Isócrates estos consejos. Mas el aire de parentesco que con aquél ofrecen, lo mismo puede proceder de Vives y de Erasmo, traductores de Isócrates, que

de Diego Gracián y Pedro Mejía, que igualmente cuidaron de difundir el antiguo saber. Isócrates no basta. Está ahí presente, a mi entender, la típica literatura del humanismo renacentista en la línea erudita que revive y apoya la tradición medieval del consiliarismo. Medievales son, en la síntesis del XVI, las dos cosas que Don Quijote propone a Sancho en su Carta (*Don Quijote*, II, 51) para ganar la voluntad del pueblo: ser bien criado con todos y procurar la abundancia de víveres. Algún otro elemento es a la vez tradicional antiguo y coetáneo y urgente: «No hagas muchas pragmáticas, y si las hicieres, procura que sean buenas, y sobre todo que se guarden y cumplan.» Reúne ahí la opinión de que la abundancia de leyes es prueba de malgobierno, con la afirmación de Felipe II en las Cortes Toledanas de 1559: «Leyes, pocas, y que se cumplan...»

Además de lo consiliarista y lo humanista, hay, quizá, una más típica e inimaginada aportación: la de Maquiavelo. Nos lo deja pensar el tema de los reinos nuevamente adquiridos, planteado en el pasaje I, 15, del *Quijote*: «Porque has de saber que en los reinos y provincias nuevamente conquistados nunca están tan quietos los ánimos, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas y volver, como dicen, a probar ventura...»

Desde luego, lo que no hay ahí es esa alusión a las Indias sugerida por Puyol. Se trata de clara teoría general, y de teoría tan auténticamente maquiaveliana, que nos conduce al pasaje III, 3, de *Il Principe*: «Nel principato nuovo consistono le difficultà.»

Podría apoyarse la hipótesis de esta influencia con el ambiente de la corte virreinal napolitana. El Duque de Sesa, que la presidía —y de quien Cervantes llevaba cartas de recomendación cuando fué hecho cautivo—, es quien escribe, en 1584, al Consejo de Inquisición rogando que se autorice una edición expurgada de Maquiavelo, pues la Iglesia acababa de incluir en el *Index* aquella obra, y muchos hombres principales y de calidad sentían su falta.

Otro influjo aludido es de lo exótico, dentro de la seducción utópicamente abierta por los Descubrimientos. Bien que no hay otra exaltación que la de la justicia de los musulmanes y la de los ingles-

ses. Tampoco es, como quiere Castro, simple preocupación humanista, sino cauce por donde se evadían ciertas críticas intelectuales al orden administrativo establecido. Así, ya Juan de Mena cantaba :

*En tierra de moros, un solo alcalde
libra lo civil y lo criminal...*

La justicia se ha considerado como esencia de la gobernación. No está aún abierta la polémica barroca que tiende a separar las dos funciones. El pasaje I, 50 de la gran obra cervantina alude a las altercaciones del Caballero Andante y del Canónigo : «De administrar justicia—dice éste, saliendo al paso de ciertos planes de Sancho—ha de entender el señor.»

Otro tema que recoge problemas políticos con resonancias evidentes es el de la guerra y su justificación. Los varones prudentes y las repúblicas bien concertadas—se afirma en el pasaje II, 27, del *Quijote*—, por cuatro cosas han de tomar las armas, y desenvainar las espadas, y poner a riesgo sus personas, vidas y haciendas : la primera, por defender la fe católica ; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina ; la tercera, en defender su honra, su familia y su hacienda ; la cuarta, en servicio de su rey, en guerra justa, y la quinta, que se puede contar por segunda, por defender su patria. Todos estos son conceptos de los que hay antecedentes hispánico-medieval y constante.

Ama la paz, como mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida (*Quijote*, I, 37). Y la mar, como camino del prestigio de España. La paz que pide no es indefensión. En el episodio de los galeotes habla de aquella Armada española en la que hay «más sosiego que aquel que sería menester». Las galeras no deben emperzarse. Está alerta el Turco, enemigo común, como se repite (*Quijote*, I, 29), que tanta alarma siembra a la Cristiandad (*Id.*, II, 1).

Suena así el espíritu de quien comprendía la necesidad de dominar el Norte de Africa, incluso sacrificando la gloria de la sumisión de Flandes. Cervantes es, a mi modo de ver, un abandonista.

minar el Norte de Africa, incluso sacrificando la gloria de la sumisión de Flandes. Cervantes es, a mi modo de ver, un abandonista. Recojo como declaración de tal postura el pasaje II, 151, de *La gran sultana* :

*Triste historia es la que leo :
Que a nosotros la Persia así nos daña,
que es lo mismo que Flandes para España.
Conviene hacer la paz, por las razones
que en este pergamino van escritas...*

Muchos hablaban entonces de la conveniencia de la paz con Flandes. En la época en que Cervantes escribía aquella producción no era desconocido tal parecer. Y si no se publicaban libros con tesis abandonistas, los hay dados a luz para atacarlas. Ejemplo, los *Avisos de Estado y Guerra*, de Valle de la Cerda, impresos en Madrid en 1599, que testimonia el fuerte ambiente en favor del pacto con los súbditos rebeldes. Esto nos conduce a situar a Cervantes en relación con la política expansionista europea planteada por Carlos V. ¿Rechaza Cervantes esa incorporación al mundo centro-europeo? Por lo pronto, ya es expresiva su tendencia a hacer primordial la política mediterránea. Más aún : es sospechoso el episodio del pasaje I, 7, del *Quijote*, que relata cómo van al fuego, aunque «sin ser vistos ni oídos», algunos libros, entre los que figuran los de los *Hechos del Emperador*, dados a luz por don Luis de Avila, «que sin duda debían estar entre los que quedaban, y quizá si el cura los viera, no pasaran por tan rigurosa sentencia».

No creo que se puede llamar anticlerical a Cervantes. Aun dejando de lado aquellos pasajes del *Quijote* sobre los frailes benitos y los clérigos del fúnebre cortejo (I, 8 y 19), y a pesar de que mal-suena en un católico la exclamación «Con la Iglesia hemos dado», me parece que lo único que hay en él son modalidades, típicamente renacentistas, en cuestiones concretas sobre devociones o prácticas en uso, procesiones, rogativas, etc.; postura en la que

podrían citarse algunos clérigos eminentes, y en determinadas materias, el propio insigne Francisco de Vitoria.

El estudio de los expurgos inquisitoriales del *Quijote* ofrece la actitud censurada. Por ejemplo, en el pasaje I, 26, se suprime una irónica apreciación de la devoción del Rosario. No había más sino cierto erasmismo, crítica de la reiteración de las avemarías, etc.

Estimo que se puede afirmar, con Bataillon, que Cervantes era «un croyant éclairé»; pero «un croyant», sin duda, manteniendo una clara ortodoxia. Sin necesidad de llegar a una versión como la de Hartfeld, que hace del Nuestro un representante típico de la época de la Contrarreforma, adherido sin reservas a la regla ignaciana, aportemos en apoyo de su catolicismo un pasaje del *Persiles* (Ed. cit., II, 234-236), donde reconoce el poder del Papa.

Así se despejan también las dudas sobre supuestas discrepancias mentales; lo que se ha dado en llamar heroica hipocresía de los hombres superiores. Su crítica se concreta a las beaterías y a lo que se apega al lado humano de toda institución, por muy bendecida que esté por el Cielo. La fe existe, incluso con firmeza.

Mas también hay—y es bueno saber que plenamente—un espíritu de tolerancia, difícil de imaginar en las burdas versiones de los españoles fanatizados. Recordemos la manera de exponer en el *Quijote* el tema de la expulsión de los moriscos. Por lo pronto, ese testimonio de que es dulce el amor a la Patria, ¿podría sonar en quien no se inclinase a ver a los expulsos con ojos cariñosos?

Queda, en fin, para no alargar este recuento, la exención española, la vieja sonoridad del Cid en el *Romancero* y en la vida de la tradición. Es el episodio de la excomunión con que el Bachiller de Alcobendas trata de amedrentar al Ingenioso Hidalgo: «No por esto habría menos mérito y honor en mis acciones—exclama en el pasaje I, 19—, como no los hubo en las del Cid cuando el Papa lo excomulgó por haber roto en su presencia la silla del Rey de Francia.»

Y sin embargo, frente a este episodio, ¡qué bien encaja la visión del *Quijote* como símbolo del heroísmo vencido! La obra está escrita por quien luchara en la victoriosa batalla de Lepanto, mas ya

dina Sidonia, cuando éste pidió el relevo excusándose en la ignorancia de las cosas del mar? Si la Flota iba a ser conducida—según la contestación del Rey—por Dios mismo, y así era desbaratada por los elementos, ¿no resultaba lógico aquel refugiarse en la tranquila vida pueblerina y no soñar con otras aventuras, y ver a Don Quijote hecho pastor? España abandonaba sus aspiraciones al predominio material, y sólo por la obra de la inteligencia tornaría a ser respetada en el mundo. Más quedaría Vives que Pavía, y aun Soto y Victoria mejor que Lepanto. El mismo *Quijote* iría a dar un buen ejemplo con su vuelta al mundo como libro el más leído después de la Biblia.

Cervantes escribe en una época en la que España condensaba la crisis del Renacimiento, sentía perder el fervor humanista ante la irrupción de los gramáticos y buscaba la paz con la misma ilusión que Andrés Laguna, pero con la experiencia de la rebelión luterana y tomando a broma ciertas devociones, bien que mirando siempre la unidad de la Iglesia romana y obedeciendo dócilmente al Pontífice. En el mundo europeo el malestar de los espíritus era muy claro; las transformaciones impuestas por la época derruían valores tradicionales, y quedaba en las gentes una cierta fatiga... Acaso la difusión del *Quijote* encaja bien en ese ambiente, pues, como nota Krappe, la obra cervantina «no hace sino repetir, capítulo por capítulo, esta inexorable verdad de que la mayor parte de las empresas humanas no valen las penas que cuestan». Como expresará Pascal dos generaciones después: «Tout le malheur des homes vient d'une seule chose, qui est de ne savoir pas demeurer en repos dans une chambre.»